

PANORAMA GEOPOLÍTICO DEL MUNDO ACTUAL

SOBRE GEOPOLÍTICA EN TIEMPOS DE PANDEMIA.

ENTREVISTA AL PROFESOR PEDRO A. GARCÍA BILBAO

Prof. Dr. Pedro A. García Bilbao
Departamento de Comunicación y Sociología
Universidad Rey Juan Carlos
pedro.garcia.bilbao@urjc.es

Pregunta: La actual crisis pandémica ha situado a buena parte de la humanidad, y desde luego a casi todos los españoles, en una situación de confinamiento literal, reduciendo su espacio de movimiento al ámbito de sus casas y alrededores más estrictos, algo completamente inaudito en la escala en la que se ha producido. Durante algunos meses ese confinamiento ha sido muy intenso en países como España o Italia, abriéndose después un tiempo confuso con fases, desescaladas y reacciones muy diversas, sin que pueda decirse que se haya salido de peligro. El mundo ha cambiado. ¿Qué sentido tiene hablar de geoestrategia en un contexto así?

Respuesta: Tiene todo el sentido, pues si bien la geoestrategia no es algo que esté desde luego en el centro del análisis del fenómeno y sus diversas implicaciones, sí existe una faceta geoestratégica en esta crisis. Existían tensiones en esa dimensión en las relaciones internacionales previas y las va a seguir habiendo durante esta crisis y después de ella. La pandemia es un fenómeno global, de amplia intensidad y las dinámicas de este tipo también se ven afectadas.

Lo que pasa es que estamos ante un fenómeno que está afectando de forma directa a la vida de las personas en su propia casa como pocas veces se ha visto en la historia reciente. La enfermedad y las medidas de confinamiento se combinan con la existencia de otras cuestiones de carácter tecnológico y cultural que son nuevas y muy influyentes en la sociabilidad humana, como son las redes sociales virtuales, la existencia de internet y la digitalización masiva de la comunicación con fines lúdicos, laborales o de relación social. Todo el conglomerado empresarial que hay detrás está compuesto por actores globales, se basa en tecnologías que permiten un control social de colosal intensidad y que es objeto de pulsos de poder entre los estados. Todo eso pasando por nuestras salas de estar, por nuestros teléfonos “móviles” conectados y esa puerta al ocio, el trabajo y la comunicación interpersonal que es la red de fibra óptica. Nunca hemos estado tan aislados a la par que

tan conectados, y nunca antes los juegos de poder de los grandes han llegado hasta el centro de los hogares como ahora. La pandemia nos ha dejado todavía más dependientes de todo esto, si bien no es algo que resulte evidente para todo el mundo. Lo individual o familiar, lo colectivo o social y lo nacional e internacional se entrecruzan hoy como nunca y eso le da a lo geoestratégico unos alcances que son nuevos.

La pandemia ha sido un terremoto, pero todo terremoto tiene replicas y las replicas pueden tanto reacomodar el terreno como alterar gravemente fracturas latentes y llevar a nuevos desastres. Con la crisis sanitaria viene inexorablemente una crisis social de grandes proporciones fruto de la paralización de la actividad productiva y económica. Va a haber consecuencias que todavía no podemos ponderar bien pero que sabemos que son inexorables y de alcance. España tiene un sistema productivo muy peculiar, con un peso enorme del turismo, de la industria de ensamblaje automovilística y las exportaciones agrícolas. El turismo se encuentra paralizado y al borde de un abismo que nos devuelve la mirada. Las empresas automovilísticas miran a sus metrópolis nacionales para tomar decisiones en las que ya no valen las formas tradicionales de intentar influir desde nuestro país y el trabajo agrícola se ve afectado por la movilidad restringida de los trabajadores y la jaula de hierro de las grandes distribuidoras logísticas.

Y ante todo esto se da la circunstancia de que nuestro país, parte de la Unión Europea, no dispone de autonomía para decidir su política económica y en cierto modo tampoco la política social. Hay unos límites impuestos desde fuera que son autoasumidos por las elites nacionales y desde luego por nuestro gobierno. Esto se encuentra relacionado con la estructura de poder de la Unión Europea, su marco estructural, con el papel de Alemania, de la superestructura de Bruselas, el sistema financiero y bancario y las interacciones de todos esos elementos. La UE se ha visto afectada por el factor pandemia igualmente y eso causa tensiones internas y de relación con otros actores internacionales. Hay una transversalidad pandémica de nuevo tipo, vertical, de local a internacional, y horizontal, interclases e intersociedades.

Con todas sus variaciones internas, el actor internacional llamado Unión Europea esta capeando el temporal pandémico con ciertas lógicas y con recursos, siendo la batalla la forma de gestionar esos recursos y la dirección de los cambios y reformas. Otros actores lo han hecho de forma muy distinta: Estados Unidos, Mexico, Brasil, China. Cada actor internacional ha sufrido igualmente el impacto de la pandemia, no ha escapado nadie. Y a la enfermedad y su coste humano, se suma el impacto económico y estructural en todo el sistema: millones de personas han podido ver la fragilidad de los poderosos, la impotencia para encontrar soluciones efectivas, las decisiones erráticas y absurdas ante la emergencia sanitaria —el caso de Estados Unidos es claro—, las prioridades frías y descarnadas del Eurogrupo, la tentación negacionista (Brasil), las tendencias darwinistas sociales (la primera reacción en Reino Unido) son miserias que ya existían pero que se han hecho patentes con claridad: han cambiado las cosas, ciertos encantos se han roto y las personas lo

están percibiendo en la intimidad de sus confinamientos. Pero más allá de esas percepciones patentes, el gran juego continua y sus implicaciones para nuestras vidas no resultan tan evidentes para la ciudadanía ni siquiera ahora. La Unión tenía y tiene un momento complejo en esta hora del juego de poder global cuando se produjo el estallido de la pandemia. El enfrentamiento entre China y EE.UU tomaba a Europa en medio del Brexit y de numerosas tensiones internas. Y en eso llego la pandemia.

P. Siempre se ha visto la geoestrategia como algo ligado a alguna forma de determinismo geográfico. ¿comparte esa posición?

R. Los determinismos de cualquier tipo, no solo el geográfico, son algo propio de las limitaciones que tuvo la ciencia en el siglo XIX, y que pueden interferir tal vez en algunos ámbitos todavía, recordemos ciertos excesos de algunas escuelas económicas o algunos enfoques muy discutibles de las neurociencias. Un sociólogo no puede ser determinista respecto de casi nada, en realidad la ciencia, y no solo la ciencia social, marca bien el terreno y sabe que debe acotar los determinismos. ¿Existe un factor geográfico en el desarrollo social, en el político, en las relaciones internacionales? Es evidente, por supuesto que sí. Las civilizaciones aparecieron en los valles de los grandes ríos y en determinadas latitudes, buscaron las vías de comunicación naturales, se apoyaron en el medio y se adaptaron a él. Pero hablamos de un factor, el territorio, de una familia de factores, lo que los territorios esconden si acaso, que son parte de las variables de la ecuación, pero de ahí a afirmar un determinismo media un abismo. Cuando decimos geoestrategia lo que estamos diciendo es que las luchas por el poder, por la influencia y el control tienen lugar en el espacio concreto, el territorio, y desde luego en los territorios que no son solo los físicos, sino los cognitivos y culturales.

P. Se hablaba mucho del enfrentamiento con China en los meses anteriores a la epidemia. ¿Qué estaba pasando y cómo se ve alterada esa dinámica por la pandemia?

R. No es que sea fácil de sintetizar algo tan complejo en los detalles, pero creo que sí es posible exponer lo sustancial del conflicto tal y cómo se planteaba antes de la pandemia. No se perciben bien para una mayoría de la gente las transformaciones que ha vivido China en estos años recientes, pero no solo ha sido una incomprensión por abajo, la encontramos también en nuestros gobiernos. En 2017, el presidente de China, expresó en los encuentros de Davos que su país iba a entregarse por completo al juego de la globalización comercial y reclamaba un espacio mundial sin proteccionismo y abierto al libre comercio. No fue solamente una declaración de intenciones, venía acompañada de voluntad, recursos y medios para convertir tal objetivo en una realidad posible y que podría convertir a la República Popular China en un campeón global. Ya se vio en los años del predominio británico en el XIX, que el libre comercio puede ser entendido como el proteccionismo de los poderosos.

Escuchar tal devoción librecambista al líder chino preocupó sobremanera por cuanto implicaba en relación a los cambios en China. La clave de que tal pretensión pudiera ser una realidad, la encontramos en la capacidad del sistema socialista con características chinas para acumular recursos en objetivos estratégicos unido a su enorme potencial humano e industrial.

China ha invertido en ciencia, tecnología, investigación y educación, enormes cantidades en los últimos veinte años y llevado a millones de sus jóvenes a las universidades y empresas de todo el mundo. La China actual es una potencia tecnológica en temas clave y se encuentra en fase expansiva. No se trata solamente de una competición por recursos energéticos y materias primas en países lejanos, sino de competir por los contratos de las nuevas tecnologías que hacen posible las tecnologías de redes digitales de nueva generación, la robotización y las comunicaciones es decir, de un pulso en el terreno que hasta ahora era propio de Estados Unidos, Japón y Alemania. Estamos ante un pulso por la hegemonía global en lo económico, tecnológico y comercial, algo que de irse logrando, en la carrera para lograrlo, lleva a que se avance también en influencia política y militar. Coincide esta carrera de China hacia la elite, con la situación de Estados Unidos y el estallido de la pandemia.

P. ¿Cómo caracterizarías la situación de Estados Unidos? La conducta del presidente Trump y las respuestas que ha dado ante la crisis de la pandemia y el estallido social inesperado como resultado de la violencia policial y el racismo ¿no crees que le puede pasar factura ante las próximas elecciones?

R. Respuesta rápida. Sí. Va a haber efectos políticos. Siempre que hay convulsiones sociales hay efectos políticos. Las dimensiones de la respuesta en las calles a la muerte de un ciudadano de color, George Floyd, en Minneapolis en los días de la pandemia han sido inesperadas. No ha sido como otras veces. Hay cambios profundos en la sociedad norteamericana y sobre ellos se han acumulado los más de cien mil muertos de la pandemia, la profunda división social que se percibe, la fractura política que se percibe y traduce en hechos concretos y un liderazgo que está dividiendo a la nación. La pandemia y sus efectos por un lado, coinciden con el malestar social, la desigualdad, el racismo y la polarización ideológica. Vemos que en EE.UU hay una izquierda social que no está reflejada en las instituciones, que los demócratas se han visto superados por el alcance del desafío de la nueva derecha, que hay un ala derechista que supera incluso a los propios republicanos. Y un presidente que no duda en apelar precisamente a los sectores más conservadores contra todos los demás. Ha llegado a surgir un grupo republicano en contra de la reelección de Trump, el llamado Lincoln Project, que entiende que es la Unión la que está en peligro y llama a votar a los demócratas; pero no solo hay movimientos en esa tendencia que busca salvar la Unión mirando a Lincoln, igualmente hay preocupación por la aparición de algún dirigente republicano del ala más derechista y con más visión e inteligencia que Trump

que pueda cabalgar la ola desatada por él. La crisis abierta en el New York Times al publicarse una columna del senador Cotton, cabeza visible de esa tendencia que va más allá de Trump, y que pedía sacar las tropas a la calle, es una muestra de las divisiones existentes. Son días estos en los que se ha visto y oído a los generales arrepentirse por haber movilizó al ejército en territorio norteamericano para labores policiales. Podemos afirmar que esta escalada se ha visto facilitada por el impacto social, emocional y psicológico de la epidemia, que se ha focalizado más mortalmente en los grupos mas desfavorecidos como la población de color, los ancianos, los trabajadores precarios y la masa de población sin cobertura médica.

Con todo digamos que lo esencial es que la actual presidencia, con cuanto concurre en ella, no es capaz de movilizar los recursos y las capacidades de los que Estados Unidos disponen todavía para hacer frentes a situaciones como las que enfrenta.

Y no es capaz por cuestiones ideológicas relacionadas con la visión de la realidad del presidente Trump y su entorno de apoyos internos. Hay problemas que no desean ver, otros que interpretan de forma incorrecta y otros que se ven agravados por las decisiones que toman, motivadas por una visión ideológica o subjetiva tan cerrada que llega al punto de despreciar las opiniones técnicas o científicas que no pasan la prueba del prejuicio. Es tal vez la presidencia más ideológica en el peor sentido de la palabra, de la toda la historia del país. Una visión ideológica puede ser pragmática, puede recabar la información necesaria, toda la información, y luego decidir de acuerdo con las prioridades y objetivos que les sean propios, pero lo que ocurre en Estados Unidos actualmente permite dudar de que funcione esa lógica, que ha sido siempre la propia de los poderes que perduran. Estados Unidos pasa por un periodo de retroceso de su poder e influencia, lo que ocurre es que un retroceso en el hegemón no significa que éste haya dejado de serlo. La cuestión es si va a poder hacer frente al desafío que le plantea China. En 25 años se ha pasado del proyecto *Por un nuevo siglo americano*, ideado en la época del presidente Bush, a comprobar con cierto estupor que China no es un torpe gigante al que deslocalizar empresas para rebajar costes, sino una potencia que ha emergido con fuerza, conoce las debilidades de sus contrapartes y las fortalezas propias. Crisis interna, debilidad y enemigos externos en potencias en decadencia han sido siempre señal de malos tiempos en el horizonte.

P. ¿Qué ha ocurrido con la enfermedad? Hay un juego cruzado de fake news, bulos, acusaciones y todo tipo de especulaciones. ¿Ante qué estamos? ¿Una nueva guerra fría?

R. Entiendo que me pregunta sobre el origen de la enfermedad y las acusaciones hacia China sobre una supuesta responsabilidad suya en el origen de la epidemia, se ha llegado incluso a afirmar que esa responsabilidad sería algo más grave que una negligencia. Hay que decir con toda energía que estas acusaciones son absurdas por completo y no tienen base real. La circulación de virus del tipo que nos ocupa es algo recurrente desde hace

décadas y no sorprende a nadie. Lo nuevo aquí es el virus este en concreto, con sus peculiaridades, pero no es el primero. No hay base científica para las acusaciones sobre supuestos diseños o acciones agresivas. Es una epidemia global que ha tenido por vector un virus con el que hasta ahora no se había tenido contacto y que presenta unas características propias como otros las han tenido antes de ahora. La creciente presión humana sobre el territorio y la fauna con finalidades económicas y alimenticias, un consumo masivo y una intrusión cada vez mayor en zonas hasta ahora poco habituales para los humanos, unido al desmedido consumo de ciertas especies y su cría industrial, ha favorecido el contacto con este tipo de enfermedades. Estaba suficientemente alertado el peligro de una pandemia en medios científicos y sanitarios. Otro asunto muy distinto es que nuestros sistemas políticos y las elites económicas e industriales estuviesen en disposición de escuchar y tomar decisiones sobre cuestiones que no deseaban considerar. La realidad de nuestra condición biológica, como una parte más de la escala de la vida, nos ha estallado de golpe. Recordemos cómo la primera previsión sobre cómo tratar la expansión de la epidemia en el gobierno británico fue la de buscar la llamada “inmunidad de rebaño”, asumiendo el número de muertes necesario entre quienes consideraban perdidos o prescindibles: muy poco después, el propio primer Johnson fue ingresado de gravedad y las estimaciones de posibles fallecimientos se desbordaban; pocas veces se ha visto tal independencia de la realidad respecto de lo que se espera de ella.

Ha sido tal la intensidad y alcance de la enfermedad convertida en un suceso global, que todas las otras cuestiones se han visto alteradas. China fue mostrada por la prensa europea en las primeras semanas como un actor incapaz de impedir la extensión de una epidemia local, fue mostrada como una fuente de problemas, estigmatizada y desde luego cuestionada. Se han vertido contra China todo tipo de acusaciones y en cierto modo siguen. La política de comunicación de China ha cambiado y los portavoces de Exteriores y Sanidad han contestado a los ataques, lo que ha sido considerado como intolerable por ciertos medios occidentales elevándose así la tensión

Pero el hecho cierto es que el brote fue contenido en China, que las cifras de fallecidos y afectados son inferiores a las sufridas por otros países y que por decisiones de política industrial absurdas —ideológicas hasta ese absurdo— buena parte de los países occidentales han tenido que acudir a los suministros de material sanitario chino por la sencilla razón de que no había capacidad de producción en los países propios. En cierto modo, China sale victoriosa de este primer choque con la epidemia y es precisamente este triunfo el que causa todavía más preocupación.

P. ¿Tendremos una nueva Guerra Fría entonces?

R. Esa imagen se está empleando pero conviene redefinirla. La situación es nueva, diferente. Lo que se está dilucidando es la aparición de un actor global con capacidad para determinar tendencias y direcciones que no es occidental y tiene además su agenda propia.

Es decir, estamos ante la decadencia del hegemon anglosajón y la aparición de un nuevo líder global, en una época que traerá conflictos por la energía, por el agua, por la crisis climática. Añádase a ello que la competencia tiene lugar en los campos que antes marcaban la diferencia, el control del mercado, la tecnología, la moneda y medios de pago internacional y como decíamos, la influencia diplomática que no es lo mismo que la política. La influencia política y militar son la desembocadura de esas corrientes que citamos. Y se puede ver que el recelo a esta ruta establecida ya, existe. Hemos de preguntarnos si China tiene entre sus objetivos extender su modelo, o si bien sencillamente defiende su espacio, el espacio de un gigante, pero sin pretender cambiar gobiernos y regímenes. La respuesta es clara, no lo pretende, pero pudiera ser que la pregunta estuviera equivocada.

Las diferencias de escala influyen en toda relación, es algo inevitable. Vivimos una época marcada por la decadencia de las instituciones internacionales de Naciones Unidas y su constelación. La tendencia ha sido estos años que los poderosos han tratado de moverse al margen del sistema de Naciones Unidas, incluso emergió un concepto, el de “gobernanza” global en el que se da de lado al sistema de Derecho Internacional y de Tribunales de Justicia para resolver conflictos de acuerdo con el derecho, buscando acuerdos y arbitrajes privados. Relaciones bilaterales entre gigantes y enanos, sistema internacional paralelo basado en los intereses corporativos, agrupamientos regionales como puertas al libre comercio o como sistemas sin cabeza política, pensados para eludir los controles democráticos parlamentarios (el caso en cierto modo de la Unión Europea), estos son los hitos por los que está pasando el sistema internacional. Y ahora resulta que es una potencia no esperada, a la que se ha tratado con suficiencia, la que se ha convertido en una realidad. Una potencia que no es occidental pero sabe jugar con ventaja al mismo juego y con unas bases mucho más sólidas que Japón, cuyos pies de barro territoriales y energéticos son patentes, o Corea, resultado de una inversión masiva estadounidense en los años sesenta y setenta, y que no son participantes en la carrera por la hegemonía. El desfase entre el cabeza de carrera (Estados Unidos) y los segundos en liza (la Unión Europea, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Rusia) era enorme, no era comparable. Eso ha cambiado, el cambio de China le separa de segundas posiciones y le acerca al ámbito de la cabeza de carrera.

En enero de 2020 se escenificó un acuerdo para acabar con una guerra de aranceles. En cierto modo era un triunfo de China, resultado de unos vetos hacia ella que EE.UU no podía permitirse. La batalla se derivaba al terreno de lo tecnológico, el control de sistemas estratégicos de ciencia aplicada, las redes virtuales y de comunicaciones. Otro ritmo y otra forma de enfrentamiento, que en el caso de Europa nos sitúa como campo de batalla entre unos y otros. Pero tras el impacto del Brexit que obliga a repensar todo, el terremoto pandémico sitúa a la Unión Europea ante contradicciones que pueden hacer saltar su modelo, con una crisis económica que va a derivar hacia una crisis social y puede que institucional si no se acierta en las decisiones a tomar. Y si Europa ve el futuro cercano con incertidumbre, los Estados Unidos vive la crisis pandémica con un alto coste humano y económico, falta de liderazgo positivo en la Casa Blanca y unas elecciones cuyo resultado puede acabar

determinando de forma definitiva las posibilidades de frenar la decadencia o no. La forma inadecuada en la que se ha gestionado el estallido social contra la violencia y el racismo, expresiones de la desigualdad, no augura nada bueno. Como expresé en una intervención en Lhasa en 2016, en el Forum Internacional de desarrollo organizado por el Consejo de Estado chino y el gobierno regional de Tibet, *la armonía es algo que debe construirse, mientras que el caos viene por sí solo si no se hace nada*. Es hora de recordar esto y hacer por construir.

Este es el panorama ante el que China debe moverse y creo que podemos afirmar que está en mejor posición para trazarse objetivos y cumplirlos. Creo sinceramente que el problema no es China, somos nosotros los occidentales la fuente primera de nuestros problemas, por las decisiones tomadas en estos decenios pasados y los objetivos trazados. Nos toca repensar nuestro camino y eso implica tomar decisiones. Sólo puedo decir que es la hora en la que los pueblos europeos y los estados democráticos que componen la Unión, deben asumir sus responsabilidades y ser capaces de recuperar el control de sus propias decisiones y desde ahí coordinarse para poder hacer frente a los retos globales que tenemos ante nosotros.

P. Gracias por su análisis. Quisiéramos hacer una última pregunta ¿Diría que la geoestrategia precisa de una didáctica específica?

R. No me cabe la menor duda. Ha de saber expresarse, compartirse y llegar a los debates y esfuerzos por esclarecer la realidad que hacen otras disciplinas de las ciencias sociales, es un factor que debe ser tenido en cuenta y para ello es preciso que lo hagamos inteligible. Es en cierto modo el empeño del profesor Herrero Fabregat, fundador del equipo de investigación de la Autónoma sobre cuestiones geoestratégicas y educativas. Es preciso ofrecer a la investigación en ciencias sociales una perspectiva sobre los marcos mundiales; remarcó aquí la diferencia en castellano entre el concepto de global y el de mundial. Una perspectiva mundial es sinónimo en este contexto de geoestratégica. Creo que tendremos ocasión de profundizar más en estas distinciones. Gracias al Observatorio por su trabajo en este tema y abrírnos estas páginas.